

La crisis económica internacional y su impacto en México

GERARDO ESQUIVEL

La crisis económica mundial

Poca gente lo ha entendido, pero el mundo está frente a una de las situaciones económicas más críticas de los últimos setenta años. Por primera vez en mucho tiempo todas las economías desarrolladas sin excepción estarán en recesión en forma simultánea. Esto implica que ninguna economía por sí sola, por muy grande que ésta sea (ya sea Estados Unidos, China o la India), podrá hacer que la economía mundial salga fácilmente de esta situación. Así, 2009 será la primera vez desde que se tiene registro, en el que la economía mundial en su conjunto se contraerá en forma quizá pequeña pero significativa (es decir, tendrá un crecimiento negativo). Nunca, en ninguna otra de las recesiones norteamericanas previas, ni siquiera en la crisis derivada del choque petrolero de 1973 ni en la fuerte doble recesión de 1981-1982, la economía mundial se había contraído como lo hará ahora. Estamos, pues, frente a una situación completamente inédita que, quizá por ello mismo, también requiere de acciones nunca antes vistas. Una de esas acciones corresponde a una acción más decidida de los gobiernos, lo que implica, por una parte, un papel más activo del Estado para enfrentar la crisis y, por el otro, la necesidad de acciones coordinadas en diversas economías.

Es precisamente en este sentido que algunos países como Estados Unidos están respondiendo a esta crisis con muy diversos instrumentos y propuestas de política económica que no hace mucho nos hubieran parecido inimaginables. En el caso de Estados Uni-

dos, este país ha llevado al límite su uso de la política monetaria, ya que la tasa de interés ha llegado a ser prácticamente cero, además de que ha utilizado enormes inyecciones de liquidez para mantener funcionando a su sistema financiero.

Además de eso, el gobierno de Estados Unidos ha implementado recientemente un enorme estímulo fiscal que se traducirá en un importante aumento en el gasto público y en importantes reducciones impositivas para muchos trabajadores y que llevará al déficit fiscal norteamericano a un nivel sin precedentes de 12% del PIB en el 2009. Este tipo de medidas, sin embargo, no han encontrado un paralelo en otras partes en el mundo, con excepción quizá de China (que también ha anunciado un masivo paquete de estímulos fiscales para el 2009) y de Chile, que cuenta con un elevado monto de recursos que habían sido ahorrados en años anteriores para enfrentar una situación como la presente.

Fuera de estos países, pocos están haciendo algo para enfrentar tan terrible situación económica. Así, los países europeos se encuentran entrampados con una política monetaria centralizada que se preocupó excesivamente por la inflación y con una política fiscal descentralizada en donde los gobiernos europeos han sido incapaces de llegar a acuerdos mínimos sobre las acciones a tomar. Quizá sea por eso que el PIB de la Eurozona se está cayendo a una tasa de casi 6% anual, liderada por Alemania (-8%) e Italia (-7%).

Por su parte, Japón está siendo afectado mucho más de lo que se esperaba debido a la contracción del comercio mundial y su PIB está decreciendo a una acelerada tasa de -13%, mientras que su comercio exterior se ha caído en casi un 50% en los últimos meses. Junto con Japón, las economías de Singapur, Corea del Sur y Tailandia se están contrayendo a ritmos increíblemente rápidos (-16, -22 y -20%, respectivamente). Toda esta situación es absolutamente inédita y prácticamente nadie la hubiera previsto hace algunos meses. ¿Cuál será el impacto de esta crisis sobre México?

El impacto sobre México

El impacto de la crisis económica mundial sobre la economía mexicana se hará sentir a través de, por lo menos, seis canales: primero, la crisis afectará a las exportaciones mexicanas. Estados Unidos es nuestro principal socio comercial y cuatro de cada cinco dólares exportados por México van a territorio estadounidense. La caída en la demanda de Estados Unidos ya ha empezado a afectar a nuestras exportaciones, lo cual tendrá consecuencias importantes sobre el empleo en muchos sectores de nuestro país, principalmente en los sectores que producen bienes exportables como la electrónica, las maquiladoras, el ramo automotriz, etcétera.

Un segundo efecto es por medio del turismo. En cuanto se reduce el ingreso de los norteamericanos, sus primeros ajustes se darán en las cuestiones del esparcimiento y, por ende, es razonable anticipar una caída importante en los ingresos turísticos para México. Además, como en Europa también se está resintiendo el problema de la crisis, tampoco habrá visitantes europeos que compensen la caída del turismo norteamericano. Debido a ello habrá también una pérdida de empleos en el sector turístico.

El tercer canal es a través de las remesas, las cuales son la principal fuente de ingresos de divisas para la economía mexicana (por encima de la inversión extranjera directa y de los ingresos obtenidos por turismo). La implicación de que caigan las remesas en México es enorme y podría tener un costo directo en grupos poblacionales de menores ingresos y que están concentrados en ciertas regiones del país. Esto no sólo perjudica a las personas que reciben los envíos, sino a las comunidades de alta intensidad migratoria en general, porque ya no habrá el mismo nivel de consumo y el efecto expansivo de las remesas en las localidades será menor.

Un cuarto efecto es que la inversión extranjera caerá en todo el mundo, debido a que un resultado de esta crisis será la pérdida de liquidez. De hecho, esta crisis no solo es financiera sino también crediticia; es decir, entre los bancos no se están prestando

y eso implica que muchas inversiones probables no se llevarán a cabo porque no hay recursos para financiar esos proyectos. Eso para una economía como la mexicana, que ahora depende mucho de la inversión extranjera, obviamente se reflejará en una pérdida importante de empleos.

En quinto lugar está el precio del petróleo. Hasta hace unos pocos años, el costo de un barril de petróleo rondaba los cuarenta dólares, después se elevó hasta los ciento cuarenta dólares y en los últimos meses ha regresado a sus niveles previos e incluso ha llegado a cotizarse por debajo de dicho nivel. El aumento en el precio del petróleo le dio al Estado mexicano muchos recursos durante los últimos años, los cuales fueron fundamentalmente despilfarrados en gasto corriente y sólo una fracción relativamente pequeña fue guardado en forma de contingencias petroleras o de fondos de estabilización. El elevado precio del petróleo de los últimos años le permitió al gobierno mexicano aumentar el gasto en diversos rubros; sin embargo, de 2009 en adelante ocurrirá exactamente lo contrario, pues la economía mundial se va a desacelerar y, en consecuencia, descenderá la demanda de petróleo. Esto explica la caída en el precio del petróleo y es por ello que es fácil prever que los ingresos del sector público en México se verán afectados por esta circunstancia. Sin duda, esta situación tendrá un costo en el gasto destinado sobre todo a problemas sociales, inversión en infraestructura, etc.

Un último impacto, que quizá es el que más llama la atención en estos días, es el del tipo de cambio, ya que el peso se ha estado depreciando de manera muy rápida, lo cual contribuye a agudizar la percepción de crisis. Sobre esto, sin embargo, regresaré más tarde.

¿En qué se traducirán estos canales de transmisión de la crisis? Obviamente, todos estos canales afectarán fuertemente la actividad económica y el empleo en el país. Según ha reportado el Banco de México, el promedio de los pronósticos económicos realizados a fines de febrero de 2009 anticipan una caída del PIB de cerca de 2% en el 2009 y de una pérdida de cerca de 350 mil empleos formales en el país. Otros pronósticos, sin embargo, son aun más pesimistas.

Recientemente, por ejemplo, el banco JP Morgan ha estimado una caída de 4% del PIB para México en el 2009 y mis propios cálculos revelan que incluso esta cifra puede resultar conservadora. Tomando en consideración que el PIB mexicano se contrajo en 2.7% tan sólo en el último trimestre de 2008 (en relación al tercer trimestre de ese año) y que la producción de sectores clave de la economía mexicana se está contrayendo a tasas muy aceleradas (la industria automotriz, por ejemplo, redujo su producción en cerca del 50% en enero de 2009), calculo que la caída en la producción nacional en el 2009 será cercana a 5.2% y que podría caer hasta en 6% si las condiciones económicas mundiales continúan deteriorándose en las próximas semanas. Una caída en la producción de esta magnitud, estaría asociada a una contracción de entre 500 y 700 mil empleos formales en el 2009 y de una caída similar en el empleo informal. Asimismo, una caída como la que acabo de describir sería similar en magnitud a la crisis de 1995, con la diferencia muy notable de que la recuperación en esta ocasión sería mucho más lenta por la falta de dinamismo de la economía mundial.

A pesar de todo lo anterior, lo que resulta realmente increíble es que el gobierno mexicano no parece tener la más remota idea o preocupación sobre las implicaciones de la crisis económica mundial para el país. Así, el presidente de la República sigue aprovechando cualquier foro posible para insistir en una posición oficialista muy lamentable que enfatiza los siguientes puntos: 1) que la crisis viene de fuera (cómo si eso hiciera más llevadera la falta de empleo o de ingresos para aquellos afectados por esta crisis), 2) que México ha pasado por crisis más fuertes (cómo si eso fuera algo de lo que deberíamos estar orgullosos y que, por lo demás, ni siquiera será necesariamente cierto), 3) que la situación económica actual es mejor que en otras ocasiones (sin importar que eso de nada sirva en estos momentos si no hay respuestas de política que tomen en consideración ese hecho) y 4) que el gobierno está implementando medidas para hacer frente a la crisis (sin detenerse un momento a reflexionar si lo que se está haciendo es suficiente o no).

Además de lo anterior, debe señalarse que, a diferencia de lo que ocurre en otros países, en México las decisiones de política económica parecen responder a una lógica muy distinta a la de una situación de crisis. Por un lado, en aras de una interpretación absurdamente rigorista de la autonomía del Banco de México y de sus objetivos, éste ha decidido que el riesgo de la inflación sigue latente y no parece importarle la delicada situación económica mundial. De esta manera, con base en esta interpretación de la realidad, la Junta de Gobierno del Banco Central ha decidido en los últimos meses que la tasa de interés baje en únicamente unos cuantos puntos base y que, después de los aumentos de la tasa del año pasado, simplemente ha logrado que se sitúe en 6% (nivel muy elevado si se le compare con la tasa de interés en otras economías en el mundo). En ese sentido, la política monetaria, lejos de contribuir a reducir el riesgo de la desaceleración económica en México ha contribuido a aumentar la volatilidad de la economía al tomar medidas que en su momento atrajeron un flujo importante de capitales que, al salir del país, han afectado notoriamente la estabilidad del tipo de cambio en México.

Por otra parte, la Secretaría de Hacienda, en vez de plantear la necesidad de un estímulo fiscal importante que pudiera compensar al menos parcialmente el choque negativo externo, ha decidido que esto no parece ser necesario y se ha empeñado en aumentar el precio de insumos clave, como la gasolina y el diesel, con lo que no sólo ha contribuido a aumentar las presiones inflacionarias que utiliza como justificación el Banco de México para mantener una rígida posición monetaria, sino que además generan mayor irritación social y costos económicos en muchos sectores de por sí afectados por la situación económica prevaleciente.

Además de ello, hay otros dos factores que dependen enteramente del Ejecutivo y que no parecen estar contribuyendo de manera importante para enfrentar una situación como la actual: por un lado, el Ejecutivo Federal, a través de la Secretaría de Economía, ha insistido lamentablemente en algunas medidas que parecen muy

poco oportunas, tales como la mayor apertura en la importación de ciertos bienes finales, lo cual tendrá, sin duda, un costo importante y adicional en la producción de algunos sectores industriales del país; por otro lado, ha habido un rezago importante en la implementación y ejecución de una serie de proyectos de infraestructura que podrían haber impulsado la demanda en ciertas regiones del país.

El diagnóstico y las propuestas de política

Es probable que pocos gobiernos como el mexicano se hayan equivocado tanto al momento de diagnosticar la magnitud de la crisis económica internacional y, sobre todo, la magnitud del impacto que ésta tendría sobre nuestra economía.

Así, el gobierno mexicano pasó de minimizar y soslayar la crisis económica a principios del 2008 (el famoso “catarrito”), a aceptar que finalmente nos afectaría y a proponer una serie de medidas para enfrentar la crisis económica. Los más recientes planes anti-crisis fueron anunciados en octubre de 2008 y en enero de 2009. En ellos, el gobierno ha planteado una serie de medidas que considera suficientes para enfrentar una crisis como la que se anticipa.

Entre otras cosas, el gobierno ha propuesto aumentar los recursos destinados a programas como el de empleo temporal, ha propuesto apoyos y subsidios a empresas que entren en situación de paro técnico y que no despidan a los trabajadores, ha extendido los beneficios del servicio médico a personas que pierdan su empleo y ha propuesto reformar las leyes para permitir que los trabajadores que pierdan su empleo puedan utilizar los recursos de su Afore como una especie de seguro de desempleo.

Más allá de lo apropiado o no de estas medidas, existen dos problemas de fondo en estas propuestas que es inevitable mencionar:

1) El gobierno aún no tiene una idea clara o precisa de la magnitud del impacto que se viene sobre la economía mexicana. Es por ello que sus propuestas son notoriamente insuficientes y carecen de la capacidad para atender un problema de actividad económica y empleo como el que ya es previsible anticipar en el país.

2) Las medidas propuestas siguen reflejando un claro sesgo ideológico que les impide proponer medidas más efectivas, menos complejas desde un punto de vista administrativo y que tendrían un impacto más generalizado sobre ciertos sectores de la población. En vez de ello, el gobierno sugiere una serie de medidas que terminan siendo muy complejas desde el punto de vista de su implementación (y, por ende, costosas) y que terminan acusando un cierto sesgo discrecional. Un ejemplo claro de ello es la propuesta de subsidiar a las empresas en paro técnico mediante una aportación gubernamental para cubrir los ingresos de los trabajadores o la propuesta de reformar la Ley del Sistema de Ahorro para el Retiro, en lugar de proponer una medida generalizada como la aplicación de un Seguro de Desempleo Temporal.

Las recomendaciones de política⁸²

En lugar de las medidas que ha propuesto el Ejecutivo y que serán claramente insuficientes, creo que hay algunas cosas que podrían hacerse en forma inmediata y que podrían tener efectos benéficos para la economía mexicana no sólo en este momento, sino también en caso de enfrentarse a situaciones similares en el futuro. Así, sugiero la implementación de algunas medidas de política como las siguientes:

a) Coordinar y utilizar en forma coherente la política macroeconómica. Mientras que el resto del mundo está enfrentando la crisis con una combinación apropiada de políticas fiscales (mayor gasto público o reducciones de impuestos) y monetarias (reducciones de tasas de interés), en México se sigue pretendiendo enfrentar la crisis únicamente con medidas fiscales muy tibias y de carácter paliativo, o bien, con reformas de tipo administrativo.

⁸² Algunas de estas recomendaciones ya han sido planteadas o discutidas en mayor detalle en algunos trabajos previos. Véase, por ejemplo, Gerardo Esquivel (2009), *De la inestabilidad macroeconómica al estancamiento estabilizador: El papel del diseño y conducción de la política económica en México*, El Colegio de México; o bien en Gerardo Esquivel (2005), "México en pos del crecimiento" en J. A. Aguilar (ed.), *Crónicas de un México posible*, FCE/Conaculta.

Es necesario, por lo tanto, coordinar las políticas de tal manera que se pueda enfrentar la crisis mediante una combinación acertada de políticas fiscales y monetarias expansivas. En ese sentido, se sugiere revisar en forma inmediata el mandato actual del Banco de México, que sólo lo limita a preocuparse por la inflación, y que debe moverse hacia un esquema con un objetivo dual (inflación y crecimiento) para poder actuar en forma coordinada con los Estados Unidos. Esta medida no sólo es importante porque obligaría al Banco de México a tomar en consideración el estado de la actividad económica o el empleo en sus decisiones sino que, más importante que eso, es el hecho de que esto alinearía las decisiones de política monetaria en México con las de su contraparte en Estados Unidos. Así, cuando la Reserva Federal baje sus tasas de interés en previsión de una menor actividad económica, el Banco de México quizá también podría bajarlas, con lo que eliminaría los incentivos a recibir mayores flujos de capital, como ha venido ocurriendo hasta ahora. En ese sentido, esta medida es importante también para reducir la inestabilidad cambiaria en el futuro.

b) Debe revisarse la Ley de Presupuesto y Responsabilidad Hacendaria que, al establecer un Déficit Fiscal Cero, limita enormemente la capacidad del gobierno de realizar políticas contracíclicas y, al mismo tiempo, le permite dilapidar los recursos excedentes en las épocas de bonanza. Al revisar esta ley debería establecerse una Regla Fiscal Estructural que nos permita ahorrar recursos en época de bonanza, los cuales podrían ser gastados en época de crisis.

c) En ausencia de una reforma más general, debe establecerse un seguro de desempleo para los trabajadores formales que pueda ser el inicio de una verdadera reforma social y laboral en el país. Este seguro de desempleo es perfectamente financiable y no sería una carga muy importante para el país. Para tener una idea de la magnitud de lo que esto representa, considérese lo siguiente: un seguro de desempleo que otorgara, en promedio, dos salarios mínimos mensuales (es un ejemplo ilustrativo, no limitativo) durante seis meses a un millón de mexicanos que podrían perder su empleo

en una situación de crisis, costaría únicamente alrededor de 18 mil millones de pesos en un año. Esto representa menos del 0.2% del PIB y menos de 1% del Gasto Federal Total en un año. Un programa de este tipo tendría enormes beneficios para los trabajadores, además de que se volvería un programa anticíclico implícito en el diseño mismo de la política económica. Más aun, un programa de este tipo, generaría incentivos muy importantes para que los trabajadores buscaran formalizarse y no sería muy costoso en términos administrativos, ya que podría utilizarse una parte de la estructura burocrática del IMSS y del ISSSTE para su ejecución.

d) Debe revisarse a la baja la tasa del IETU, ya que este impuesto, diseñado como un impuesto de control en épocas de crecimiento, puede tener efectos muy perniciosos en un momento de recesión, ya que obligará a muchas empresas a pagar impuestos a pesar de que estén incurriendo en pérdidas. Este impuesto, por lo demás, afectará en forma muy importante a las pequeñas y medianas empresas que de por sí se estarán enfrentando a un entorno económico particularmente difícil para ellas.

e) El gobierno debería hacer una revisión a fondo del gasto público y debería implementar un verdadero programa de austeridad y de eliminación de gastos superfluos. Los recursos obtenidos de esta manera deberían entonces utilizarse para aumentar el gasto en infraestructura y en programas sociales de alto impacto.